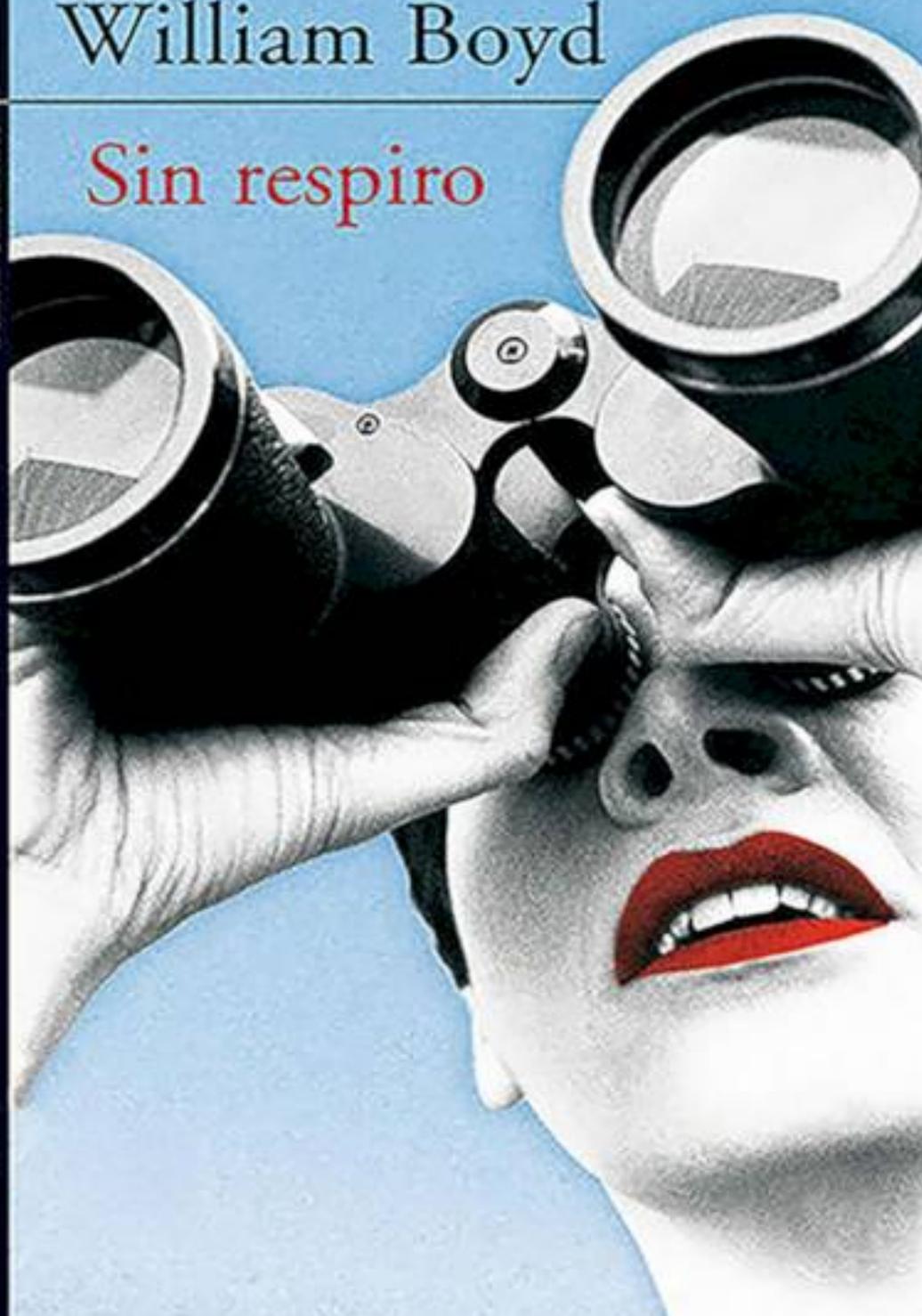


William Boyd

Sin respiro

Traducción
Beatriz García Ríos



En 1939 una joven de origen ruso era reclutada por los Servicios Secretos Británicos. Treinta y siete años después esta misma mujer le hace entrega a su hija Ruth del primer capítulo de su historia secreta.

La vida de Eva Delectorskaya es un relato de espionaje contraespionaje que revela un oscuro episodio de las relaciones entre Inglaterra y Estados Unidos. Ruth irá descubriendo que su madre ha vivido por y para el engaño y que, años después, aquella joven que jugó papel decisivo en la historia europea sigue existiendo dentro de ella, tan alerta y recelosa como siempre.

Sin respiro es una tensa, minuciosa deslumbrante novela William Boyd nos sumerge en la naturaleza del miedo, de la mentira y la traición, en un mundo que ofrece como única alternativa la desconfianza.

Para Susan

Realmente decimos que la hora de la muerte es incierta, pero cuando lo decimos nos representamos esa hora como situada en un espacio vago y remoto; no pensamos que tenga la menor relación con la jornada comenzada ya y que pueda significar que la muerte —o su primera toma de posesión parcial de nosotros, después de la cual ya no ha de soltarnos— podrá producirse esta misma tarde, tan poco incierta, esta tarde en que el empleo de todas las horas está regulado de antemano. Tiene uno empeño en salir de paseo para alcanzar en un mes el total de aire sano necesario; ha vacilado respecto a la elección del abrigo que debe llevar, del cochero al que llamará; está uno en el coche, tiene por delante toda la jornada, corta porque quiere uno volver a tiempo para recibir a una amiga; quisiéramos que hiciese también buen tiempo a la mañana siguiente, y no se sospecha que la muerte, que caminaba en nosotros en otro plano, en medio de una impenetrable oscuridad, ha escogido precisamente este día para salir a escena, dentro de unos minutos...

MARCEL PROUST

El mundo de Guermantes

1

En el corazón de Inglaterra

Cuando era pequeña y me ponía díscola y respondona y me portaba mal en general, mi madre solía reprenderme diciéndome: «Un día vendrá alguien y me matará y entonces lo sentirás», o: «Se presentarán cuando menos te lo esperes y me harán desaparecer: ¿te gustaría eso?», o: «Una mañana te despertarás y no estaré. Me habré esfumado. Espera y verás».

Es curioso, pero cuando eres joven no te tomas en serio este tipo de comentarios. Ahora, sin embargo, al volver la vista atrás a los acontecimientos de aquel interminable y cálido verano de 1976, aquel verano en el que Inglaterra se tambaleaba, jadeando en busca de aire, noqueada por el interminable calor, ahora sé a qué se refería mi madre: comprendo esa amarga y oscura corriente de miedo que fluía bajo la plácida superficie de su vida ordinaria, que no la había abandonado nunca, ni siquiera tras años de una vida tranquila, anodina. Ahora me doy cuenta de que siempre temía que alguien viniera y la matara. Y tenía un buen motivo.

Todo comenzó, recuerdo, a principios de junio. No me acuerdo del día exacto: un sábado, probablemente, porque Jochen no estaba en el parvulario y los dos fuimos en coche a Middle Ashton como de costumbre. Tomamos la carretera principal para salir de Oxford hacia Stratton, y a continuación nos desviamos en Chipping Norton en dirección a Evesham, y después nos desviamos una y otra vez, como si siguiéramos una escala descendente de tipos de carretera: carretera nacional, carretera regional, carretera comarcal,

carretera local, hasta que nos encontramos en el camino rural cubierto de grava que, atravesando el tupido y venerable bosque de abedules, bajaba hasta el estrecho valle que encerraba el diminuto pueblo de Middle Ashton. Era un viaje que hacía por lo menos dos veces a la semana, y cada vez que lo hacía tenía la sensación de que me conducían hasta el corazón perdido de Inglaterra: un verde, olvidado, invertido Shangri-La, donde todo se volvía más viejo, más mohoso y más decrepito.

Middle Ashton había crecido, siglos atrás, alrededor de la mansión jacobina —Ashton House— situada en su centro, ocupada todavía por un pariente lejano del dueño-constructor-propietario, un tal Trefor Parry, un comerciante de lana galés venido a más que, para hacer alarde de su gran fortuna, había construido su imponente heredad aquí, en el centro mismo de Inglaterra. Ahora, tras generaciones y generaciones de imprudentes y derrochadores Parry y su abandono constante y autocomplaciente, la mansión se caía a pedazos, tambaleándose sobre sus carcomidos cimientos, entregando su reseco fantasma a la entropía. Unas lonas alquitranadas hundidas cubrían el tejado del ala este, los andamios oxidados eran testigos de inútiles amagos previos de restauración y la blanda piedra amarilla de Cotswold de los muros se deshacía en las manos como tostadas empapadas. En las cercanías había una pequeña y húmeda iglesia, oprimida por unos imponentes tejos verdinegros que parecían beberse la luz del día; un *pub* melancólico, el Peace and Plenty, donde en la barra se rozaba con la cabeza el barniz grasiento de nicotina del techo; una oficina de correos con una tienda y una bodega; un puñado de casitas, algunas con tejados de paja, verdes de moho, e interesantes casas antiguas en medio de grandes jardines. Las calles del pueblo se hundían casi dos metros por debajo de los elevados taludes con exuberantes setos que crecían a ambos lados, como si el tráfico de los tiempos pasados hubiera erosionado la carretera, al igual que un río, hasta for-

mar su propio valle en miniatura, más y más profundo, medio metro cada década. Los robles, los abedules, los castaños eran viejos ancianos imponentes y vetustos, que durante el día proyectaban sobre el pueblo una especie de crepúsculo permanente y durante la noche proporcionaban una sinfonía átona de crujidos y gemidos, susurros y suspiros, cuando las brisas nocturnas desplazaban las enormes ramas y la vieja madera se quejaba y lamentaba.

Esperaba con ganas el momento de llegar a la generosa sombra de Middle Ashton, ya que el día era otro más de calor agotador —todos los días parecían calurosos aquel verano—, pero el calor no había conseguido todavía matarnos de aburrimiento. Jochen iba detrás, mirando por el cristal posterior del coche: le gustaba ver cómo la carretera «se desenrollaba», decía. Yo estaba escuchando música de la radio cuando oí que me hacía una pregunta.

—Si hablas al cristal no puedo oírte —dije.

—Lo siento, mamá.

Se dio la vuelta y apoyó sus codos sobre mis hombros, y escuché su sigilosa voz en mi oído.

—¿La abuela es tu madre de verdad?

—Claro que lo es, ¿por qué?

—No sé... Es tan rara.

—Todo el mundo es raro si lo piensas —dije—. Yo soy rara... Tú eres raro...

—Eso es cierto —respondió—. Lo sé.

Colocó la barbilla en mi hombro y me la clavó, presionando el músculo sobre mi clavícula con aquella pequeña barbilla puntiaguda, y noté el escozor de las lágrimas en mis ojos. Esto me lo hacía de vez en cuando, Jochen, ese extraño hijo mío; y me provocaba ganas de llorar por incómodas razones que no podía realmente explicar.

A la entrada del pueblo, frente al *pub* deprimente, el Peace and Plenty, estaba aparcado un camión de una com-

pañía cervecera, repartiendo barriles. El hueco para que el coche pudiera apenas pasar no podía ser más estrecho.

—Vas a rayar el costado de Hippo —me advirtió Jochen.

Mi coche era un Renault 5 de séptima mano, azul cielo con una capota (cambiada) color carmesí. Jochen había querido bautizarlo y yo había dicho que, dado que era un coche francés, deberíamos ponerle un nombre francés, y entonces sugerí Hippolyte (había estado leyendo a Taine, por algún olvidado motivo académico), así que se convirtió en *Hippo*, por lo menos para Jochen. Yo personalmente no soporto a la gente que pone nombres a sus coches.

—No, no lo haré —contesté—. Tendré cuidado.

Había más o menos conseguido abrirme paso, avanzando con parsimonia, cuando alguien que supuse sería el conductor del camión surgió del *pub*, se acercó a grandes zancadas hacia el hueco y me indicó que siguiera agitando las manos histriónicamente. Era un tipo más bien joven, con una gran barriga que deformaba su sudadera y distorsionaba el logotipo de Morrell's, y su rostro lustroso de bebedor de cerveza lucía unas abultadas patillas de las que se habría enorgullecido un dragón Victoriano.

—Dale, dale, eso es, eso es, así vas bien, guapa —me animó condescendiente en un tono cansino, con una voz cargada de fatigada exasperación—. No es un puto tanque Sherman.

Cuando llegué a su altura bajé la ventanilla y sonreí.

Le dije:

—Si quitaras de en medio tu grasienta tripa sería mucho más fácil, cabrón gilipollas.

Aceleré antes de que pudiera recuperarse y volví a subir la ventanilla mientras sentía cómo mi enfado se esfumaba —con una sensación deliciosa, cosquilleante— a la misma velocidad que había surgido. Es verdad que no estaba del mejor de los humores, porque mientras intentaba colgar un póster en mi estudio esa mañana había golpeado con el

martillo, con una inevitabilidad e ineptitud dignas de un cómic, en toda la uña de mi dedo gordo —que estaba sujetando el gancho del cuadro— en vez de en el clavo del gancho. Charlie Chaplin se habría sentido orgulloso de mí al verme chillar y saltar y agitar la mano como si quisiera arrancarla de mi muñeca a base de sacudirla. Por debajo del esparadrapo color carne, la uña tenía ahora un tono morado ciruela, y una pequeña cavidad de dolor localizada en el dedo gordo latía al ritmo de mi pulso como una especie de medidor orgánico del tiempo que fuera descontando los segundos de mi existencia. Pero, mientras nos alejábamos acelerando, notaba los latidos del corazón cargados de adrenalina, el vértigo de placer por mi audacia: en momentos así sentía que era consciente de toda la furia latente encerrada en mi interior; en el mío y en el de nuestra especie.

—Mami, has usado la palabra prohibida —dijo Jochen, con una voz amortiguada por un severo reproche.

—Lo siento, pero ese hombre francamente me ha irritado.

—Sólo trataba de ayudar.

—No, no lo hacía. Estaba tratando de ser condescendiente conmigo.

Jochen se sentó y estudió esta nueva palabra durante un rato, pero se rindió.

—Por fin hemos llegado —dijo.

El *Cottage* estaba situado en medio de una vegetación densa y apretada rodeada por un seto de boj ondulante, sin podar, rebosante de rosales silvestres y clemátides. Su césped cortado a mano y lleno de matojos presentaba un indecente color verde húmedo, un insulto al implacable sol. Pensé que desde el aire el *Cottage* y su jardín debían de parecer un frondoso oasis, que con su enmarañada profusión en aquel verano caluroso suponía casi un desafío a las autoridades para que impusieran una prohibición inmediata del uso de la manguera. Mi madre era una jardinera entu-

siasta e idiosincrásica: plantaba muy tupido y podaba sin piedad. Si una planta o un arbusto florecía lo dejaba estar, sin preocuparse de si sofocaba a otros o de si proyectaba una sombra poco apropiada. Su jardín, afirmaba, estaba concebido para ser una zona salvaje bajo control —no tenía cortacésped; segaba la hierba con las tijeras de podar— y sabía que esto molestaba a otros habitantes del pueblo, donde la pulcritud y el orden eran las virtudes destacadas y visibles. Pero nadie podía sostener o quejarse de que su jardín estaba abandonado o poco cuidado: no había una sola persona en todo el pueblo que pasara más tiempo en su jardín que la señora Sally Gilmartin, y el hecho de que su diligencia tuviera como objetivo la exuberancia y el asilvestramiento era algo que podía quizá criticarse, pero no condenarse.

Lo llamábamos *Cottage* pero en realidad era una pequeña casa de sillar de dos pisos, reconstruida en el siglo XVIII, en piedra caliza de Costwold con un techo de pizarra cubierto de tejas. La planta superior había conservado las antiguas ventanas ajimezadas, y los dormitorios eran oscuros y de techo bajo, mientras que la planta baja tenía ventanas de guillotina y una hermosa entrada tallada con pilastras estriadas y un pedimento decorado con volutas. No se sabe cómo, mi madre había conseguido comprársela a Huw Parry-Jones, el dueño dipsómano de Ashton House, en un momento en el que éste andaba especialmente mal de dinero, y la parte de atrás daba a los modestos vestigios del parque de Ashton House, convertido ahora en un prado sin segar y sin plantar que era lo único que quedaba de los miles de ondulantes acres que la familia Parry había poseído en un principio en esta zona de Oxfordshire. A un lado había un cobertizo con garaje de madera, prácticamente sumergido por la hiedra y una parra de Virginia. Vi que su coche estaba aparcado allí —un Austin Allegro blanco—, así que supe que estaba en casa.

Jochen y yo abrimos la puerta y la buscamos, mientras Jochen gritaba: «¡Abuelita, estamos aquí!», y un potente «¡Hip, hip, hurra!» nos respondió desde la parte trasera de la casa. A continuación apareció ella, impulsándose por el sendero enladrillado en una silla de ruedas. Se detuvo y alargó los brazos como si quisiera recogerlos en su abrazo, pero los dos nos quedamos allí de pie, inmóviles, atónitos.

—¿Por qué diablos estás en una silla de ruedas? —pregunté—. ¿Qué ha pasado?

—Llévame dentro, querida —dijo—. Todo será revelado...

Mientras Jochen y yo la empujábamos dentro en la silla, me fijé en que había una pequeña rampa de madera hasta el escalón de la entrada.

—¿Cuánto tiempo llevas así, Sal? —le pregunté—. Deberías haberme llamado.

—Oh, dos días, tal vez tres —respondió—, nada serio.

No sentía la preocupación que quizá debería haber experimentado porque el aspecto de mi madre era manifiestamente saludable: el rostro un poco bronceado, el tupido cabello rubio grisáceo lustroso y recientemente cortado. Y, como si quisiera confirmar este diagnóstico improvisado, una vez que la hubimos metido dentro dando tumbos se alejó de la silla y se agachó con facilidad para darle un beso a Jochen.

—Me caí —dijo, señalando la escalera—. Los últimos dos o tres escalones... Me tropecé, me caí al suelo y me hice daño en la espalda. El doctor Thorne me sugirió que me hiciera con una silla de ruedas para andar menos. Andar lo empeora, ¿sabes?

—¿Quién es el doctor Thorne? ¿Qué le ha pasado al doctor Brotherton?

—De vacaciones. Thorne es el suplente. Era el suplente —hizo una pausa—. Un joven agradable. Ya se ha ido.

Nos condujo hasta la cocina. Busqué pruebas de una espalda dolorida en sus andares y su postura, pero no con-

seguí apreciar nada.

—La verdad es que ayuda —dijo, como si fuera capaz de notar mi creciente desconcierto, mi escepticismo—. Ya sabes, la silla de ruedas, para trajinar. Es asombrosa la cantidad de tiempo que se pasa de pie al cabo del día.

Jochen abrió la nevera.

—¿Qué hay de comida, abuelita? —preguntó.

—Ensalada —respondió ella—. Demasiado calor para cocinar. Coge algo de beber, cariño.

—Me encanta la ensalada —dijo Jochen, alargando la mano hacia una lata de Coca-Cola—. Me gusta más la comida fría.

—Buen chico —mi madre me apartó a un lado—. Me temo que no se puede quedar esta tarde. No me manejo con la silla y todo eso.

Disimulé mi decepción y mi irritación egoísta: las tardes de sábado sola, mientras Jochen pasaba la mitad del día en Middle Ashton, se habían convertido en algo valioso para mí. Mi madre se acercó a la ventana y se protegió los ojos con la mano para mirar hacia fuera. Su cocina-comedor daba al jardín, y el jardín terminaba en el prado que se segaba de una forma muy fortuita, a veces con un intervalo de dos o tres años, y como resultado estaba lleno de flores silvestres y de una miríada de todo tipo de hierbas y hierbajos. Y, más allá del prado, estaba el bosque, llamado el Bosque Embrujado por algún motivo olvidado: una floresta antigua de roble, abedul y castaño, de la que por supuesto todos los olmos habían desaparecido, o estaban a punto de hacerlo. Allí pasaba algo muy raro, me dije: algo que iba más allá de los caprichos habituales y las excentricidades cultivadas por mi madre. Me acerqué hasta ella y le puse la mano en el hombro en un gesto reconfortante.

—¿Va todo bien, carcamal?

—Mmm... No fue más que una caída. El organismo ha sufrido un *shock*, como dicen. En una o dos semanas debería estar como nueva otra vez.

—No hay nada más, ¿verdad? Me lo dirías...

Giró su hermoso rostro hacia mí y me lanzó su famosa mirada inocente, con sus ojos azul celeste abiertos de par en par: conocía bien aquella mirada. Pero ahora, hoy en día, podía enfrentarme a ella después de todo por lo que había pasado: ya no me intimidaba tanto.

—¿Y qué otra cosa iba a ser, cariño? ¿Demencia senil?

De todas maneras, me pidió que la llevara en su silla de ruedas por todo el pueblo hasta la oficina de correos para comprar un innecesario litro de leche y coger un periódico. Habló un buen rato sobre su dolor de espalda con la señora Cumber, la cartera, y me hizo detenerme a la vuelta para conversar por encima de un muro de piedra suelta con Percy Fleet, el joven constructor local, y con su novia de toda la vida (¿Melinda? ¿Melissa?) mientras esperaban a que se calentara su barbacoa, un artefacto de ladrillo con una chimenea situado orgullosamente sobre el enlosado frente al invernadero. Se compadecieron: una caída era lo peor. Melinda recordó a un anciano tío postrado por un ataque al corazón que había pasado semanas conmocionado tras resbalarse en el baño.

—Quiero uno así, Percy —dijo mi madre, señalando el invernadero—. Muy bonito.

—El presupuesto es gratis, señora Gilmartin.

—¿Qué tal estuvo tu tía? ¿Se lo pasó bien?

—Mi suegra —corrigió Percy.

—Ah, sí, por supuesto. Era tu suegra.

Nos despedimos y la empujé fatigada por la superficie irregular del camino, al tiempo que sentía una creciente irritación furiosa por ser invitada a participar en esta pantomima. Además, mi madre se pasaba la vida comentando las idas y venidas, como si estuviera controlando a la gente, haciéndoles fichar a la salida y a la entrada igual que un capataz obsesivo que controlara a su personal: lo había hecho desde que tenía memoria. Me dije a mí misma que tenía que tranquilizarme: comeríamos, me llevaría a Jochen de

vuelta al piso, podía jugar en el jardín, podíamos ir a dar un paseo por el parque de la universidad...

—No debes enfadarte conmigo, Ruth —dijo, girando la cabeza para mirarme por encima del hombro.

Dejé de empujar y saqué y encendí un cigarrillo.

—No estoy enfadada.

—Oh, sí, claro que lo estás. Espera a ver cómo me manejo. A lo mejor el sábado que viene estoy bien.

Cuando entramos, Jochen dijo al cabo de un minuto con gesto amenazador:

—¿Sabes?, los cigarrillos te pueden dar cáncer.

Le contesté con brusquedad y comimos en medio de un ambiente más bien tenso, de largos silencios interrumpidos por observaciones animadas y banales sobre el pueblo por parte de mi madre. Me convenció para que tomara un vaso de vino y empecé a relajarme. La ayudé a lavar los platos y permanecí a su lado secándolos mientras ella aclaraba los vasos con agua caliente. «La hija secando el plato, la madre lavando el vaso, así están pasando el rato, sin hablarse por si acaso», rimé para mis adentros, contenta de repente de que fuera fin de semana, sin clases, sin estudiantes, y pensando que quizá no estaba tan mal lo de pasar un poco de tiempo a solas con mi hijo. Entonces mi madre dijo algo.

Se protegía de nuevo los ojos mientras miraba hacia el bosque.

—¿Qué?

—¿Ves a alguien? ¿Hay alguien en el bosque?

Miré fijamente.

—Nadie que yo pueda reconocer. ¿Por qué?

—Me había parecido ver a alguien.

—Senderistas, excursionistas... Es sábado, el sol brilla.

—Oh, sí, claro: el sol brilla y no hay problemas en el mundo.

Se fue al aparador y cogió unos binoculares que tenía siempre allí, girándose para enfocarlos sobre el bosque.

Hice caso omiso de su sarcasmo, me fui a buscar a Jochen y nos preparamos para marcharnos. Mi madre se acomodó en la silla de ruedas y se impulsó deliberadamente hasta la puerta principal. Jochen contó la historia del encuentro con el conductor del camión de la cervecera y mi desvergonzado uso de la palabra prohibida. Mi madre le tomó la cara entre las manos y le sonrió con adoración.

—Tu madre se puede enfadar mucho cuando quiere, y sin duda ese hombre era muy estúpido —dijo—. Tu madre es una joven muy enfadada.

—Te agradezco el comentario, Sal —le respondí, y me agaché para besarla en la frente—. Llamaré esta noche.

—¿Me harías un favorcito? —dijo, y a continuación me pidió que, cuando llamara por teléfono a partir de ahora, lo dejara sonar dos veces, colgara y volviera a llamar—. Así sabré que eres tú —explicó—. En la silla no me muevo tan deprisa por la casa.

Entonces, por primera vez, experimenté una pequeña y auténtica punzada de preocupación: esta petición sí parecía indicar alguna forma incipiente de trastorno mental o desvarío..., pero se dio cuenta de la expresión de mis ojos.

—Sé lo que estás pensando, Ruth —dijo—. Pero te equivocas por completo, por completo —se irguió levantándose de la silla, y severa—. Espera un segundo —me pidió, y subió al piso de arriba.

—¿Has vuelto a enfadar a la abuelita? —preguntó Jochen en voz baja, con tono acusador.

—No. Mi madre descendió las escaleras —sin esfuerzo, me pareció— con una gruesa carpeta color manila bajo el brazo. Me la alargó.

—Me gustaría que leyeras esto —dijo.

Se la cogí. Parecía haber docenas de páginas: diferentes tipos, diferentes tamaños de papel. La abrí. Había una portada: *La historia de Eva Delectorskaya*.

—¿Eva Delectorskaya? —pregunté, perpleja—. ¿Quién es?